

El mundo aparte de Buenaventura

por Oscar Paciencia

Jamundí, 23 de septiembre de 2017



Palafitos están bordeadas por el malecón moderno y recién construido, que aún no se ha completado, parte del megaproyecto de amplitud de la terminal portuaria de Buenaventura. La dimensión de esta "obra" es proporcional a la devastación ambiental y social que ha producido y continúa produciendo. Miles de habitantes (en su mayoría afro, pero también indígenas) han sido privados de sus (ya miserables) hogares (mejor dicho: *viviendas*), y una vez más les han hecho refugiados. Como si los paramilitares no fueran suficientes, la corrupción, la falta de trabajo y agua potable, la pobreza, la falta de instalaciones adecuadas de salud y educación. Todas las razones que llevaron hace unos 3 meses a una huelga de 22 días y, por supuesto, reprimida por la policía, terminó con un acuerdo para invertir del valor de 600 millones de dólares. Veremos si esta vez el estado mantendrá sus compromisos con el pueblo



La presencia de paramilitares en Buenaventura nunca ha fallado. Muchos

grupos en la disputa por el territorio que con el tiempo han cambiado de nombre, pero no la práctica del terror, al servicio implícito de los que tenían un gran interés en asegurarse de que la población 'liberara' el territorio con el fin de vender en el mercado (legal y ilegal). En la parte de la "isla" de Buenaventura, al oeste, las comunidades de residentes desplazadas en 2014 han logrado declarar Punta Icaco y Puente Nayero como Espacios Humanitarios, quitando por fuera la violencia. Dos "calles" (pero llamarlas así es un eufemismo) de uno de los barrios más pobres de la ciudad, donde hasta entonces el control paramilitar era sofocante y la vacuna a pagar por los pequeños pescadores y trabajadores de la madera, fue constante y excesiva. Donde la gente que se oponía a este control fue literalmente descuartizada en la 'casa de pique', y luego arrojada al mar en bolsas de plástico. La casa de pique de Puente Nayera fue derribada y se construyó otra vivienda en su lugar. La gente ha comenzado a respirar: las dificultades derivadas del abandono siguen siendo las mismas, pero por lo menos, en estas dos calles ya no son aterrorizadas y asesinadas.



La guerra (militar y económica) sigue huyendo las personas de sus lugares tradicionales. Entre ellas se encuentran la comunidad indígena (etnia Wounaan) de Chagpien-Tordó, Chagpien-Medio, Durapdur, en el área de Medio San Juan. Hay alrededor de 200 personas alojadas en un coliseo deportivo de Buenaventura que desde el 20 de febrero sobreviven en condiciones precarias debido a la ayuda esporádica local, el interés de las organizaciones de Derechos Humanos (Justicia y Paz) y una intervención débil de ACNUR.

En otro coliseo se encuentran 32 familias afro que huyeron de su comunidad, Cabezera, en Litoral San Juan, hacia pocos meses como consecuencia de los enfrentamientos entre paramilitares, ejército y guerrilla del ELN. Tienen noticias de que durante su ausencia las casas que han abandonado son utilizadas por el ejército que a menudo roba lo que encuentran.

Ambos grupos tienen la intención de regresar. Mientras que los indígenas

Wounaan han solicitado acompañamiento para su regreso, los afro de Cabezera están decididos a regresar aún sin la protección de ACNUR.
"Sin calor humano, la madera de la casa se pudre", dice José Wilson Chamarra, segundo gobernador de la comunidad de Chagpien.